

---

# Imágenes, viajes y antropología. Diario 1: Western Samoa, mirada sobre los espacios de la muerte

Wanda Belbé

Cada vez que quiero fotografiar en mis viajes, acecha el fantasma del bagaje antropológico que pregunta: ¿por qué? ¿cómo? El mismo fantasma aparece también al momento de escribir-hacer antropología: ¿el/la antrópogo sólo escribe? ¿hasta dónde las emociones, el cuerpo en el campo? ¿por qué, para qué la imagen en la antropología? Fantasma necesario, pero, a veces, medio represor. Frente a él, personalmente y junto a otras amigas-colegas-estudiantes, estamos en la búsqueda de modos de hacer antropología y de expresión que crucen e impliquen los múltiples intereses que nos atraviesan en lo cotidiano. Este ensayo surge en el intento de cruzar viajes, imágenes, y antropología focalizando en la experiencia y la construcción y usos del espacio, temas sobre los que indago en otros trabajos.

Esteban Krotz dice que el trabajo de campo implica la idea de viaje, ya que siempre se supone que el objeto de estudio no está en el espacio cotidiano. Sin embargo, muchas veces, los antropólogos atraviesan distintos tipos de viajes que se confunden entre sí. Retomando las ideas de Ernest Bloch, caracteriza al viaje como un desplazamiento en el espacio y en el tiempo, y como un auténtico cambio en el viajero. El viaje aparece como metáfora de conocimiento y el asombro como su punto de partida. El asombro está presente antes, durante y después de cualquier viaje. Krotz dice: “se funda en la dialéctica entre identidad y diferencia, movimiento en el cual dos polos opuestos se complementan, en el momento en el que uno no puede ser sin el otro”. Y aclara que ese asombro siempre debe ser mutuo: el antropólogo, “al estudiar “otra” cultura, recobraría el asombro sobre sí mismo y sobre su propia sociedad”. Después del viaje uno llega a su casa, habiendo “pasado por lo otro”, el conocimiento en el (del) viaje aparece como el proceso entre un ir y venir, aparece como un “asombro que se aclara”, como un “asombro comprendido”. En este proceso, el autor sostiene que para que el conocimiento sea posible es fundamental el estar afectado por la realidad de la uno se ocupa. De ahí, el auténtico cambio en el viajero.

Siguiendo esta reflexión, me gusta pensar las fotografías de mis viajes no sólo como recuerdo-registro del “estar ahí” sino también como producto de ese asombro que se aclara, como producto de estar/saberme afectada (desde el pensamiento, desde las emociones y desde el cuerpo), como producto de mi experiencia en ese espacio-tiempo-viaje. En trabajos anteriores, también eran incluidas como modo de expresión y bajo la creencia de que las imágenes reintegran la dimensión humana de la experiencia (las relaciones entabladas en los contextos de viaje/estudio, las emociones y las sensorialidades implicadas).

Las fotografías de este ensayo surgen de un viaje que comencé hace más de un año por distintos lugares. El viaje se transformó(a) en mi cotidianidad y, si bien no es formalmente un trabajo de campo, sí es un viaje con mirada antropológica donde el objeto es el asombro y la misma experiencia del viaje cruzados con intereses previos.

Estas imágenes en viaje fueron tomadas hace dos meses en Samoa Occidental, ofrecen (y son producto) de mi experiencia vivida y experiencia de asombro (en el sentido de conocimiento nuevo y como mirada-espejo sobre “lo conocido”) sobre las formas de construcción y usos del espacio, la casa y los espacios de la muerte. Tumbas en los frentes de las casas, tumbas sin ese halo sacro-intocable que rodea a las tumbas en los cementerios conocidos, tumbas integradas en el espacio social cotidiano. Charlar, recostarse, sentarse, leer, tender las ropas, tomar una cerveza son algunas de las acciones diarias que vi y en las que me encontré sobre las tumbas. Las fotografías me devuelven en espejo otras formas de relacionarse con la muerte, así como también otras formas de usar, concebir, sentir el espacio cotidiano.

Las imágenes elegidas son de los frentes de las casas, sus tumbas y decoraciones como así también de personas posando sobre aquéllas. Decidí incluir estas últimas como una posible respuesta ante la pregunta por el cómo tomar imágenes de “otros” y frente a esa autocensura que genera la violencia-miedo al disparo fotográfico. En Samoa, las fotos “a pedido” -mío y por los fotografiados- fueron muy recurrentes; en este caso, fui yo la que pedí tomar las fotografías en un intento de sobrepasar aquella autocensura y retratar esas situaciones que para mí condensaban la muerte, su “naturalidad” y la vida cotidiana. Si bien fueron a pedido, las personas estaban ya en esos lugares, así es que sugiero la otra cara de las imágenes: la imaginación. Sugiero imaginar los momentos previos a esas tomas, qué estaban haciendo esas personas antes de ser registradas y también, utilizar mi recorte como “claves” para imaginar el espacio más allá del cuadro.





